

EL ESTANDARTE REAL



EJÉRCITO CARLISTA.—ABANDERADO DE LA ESCOLTA REAL.

(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE PACIANO ROSS.)

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA MENSUAL MILITAR ILUSTRADA

Barcelona, 1889-92



32181

BARCELONA

~~346/10~~

PH/13

LIBRERIA GENERAL DE NAVARRA

LIBRERIA GENERAL DE NAVARRA

REG. 32181

TITN. 160076

SIG.

PH/13

LIBRERIA GENERAL DE NAVARRA



LIBRERIA GENERAL DE NAVARRA

32181

Ayer como hoy, por más que nos veamos forzados á sujetar nuestra propaganda á las prescripciones de la legalidad triunfante, la llamada *Bandera de María Teresa* simboliza la Religión, la Patria y el Trono. «RECIBO Y BESO ESTE ESTANDARTE,—dijo Don Carlos, al serle entregado por su ilustre abuela tan valioso presente,—SÍMBOLO DE RELIGIÓN, PATRIA Y... MONARQUÍA; YO LO CONSERVARÉ HASTA QUE LLEGUE EL MOMENTO EN QUE LE PRESENTE Á LOS HÉROES QUE DEBAN DEFENDERLO, Y ESPERO EN NUESTRA GENERALÍSIMA QUE SERÁ PARA VENCER.»

Así decimos hoy á nuestra vez á Don Carlos, cuyo es el nombre que se ha dado á esta Revista: «Recibimos con entusiasmo y besamos con ardiente fe la enseña gloriosa que llevó de victoria en victoria á los voluntarios por Vos capitaneados. Símbolo es de Vuestra Causa, que es la de Dios y la de España. A su sombra lucharemos por los derechos de la Iglesia, por la honra de España y por la monarquía de aquellos reyes que engrandecieron la patria. No podemos desmayar en nuestra empresa, mientras como hoy contemos con Vuestro aplauso y con el de nuestros correligionarios. Gracias, Señor, por bondades tantas y tan repetidas: con ellas nos obligáis más y más á proseguir incansables en nuestra empresa, para así no defraudar las esperanzas que habéis concebido. Mandadnos, Señor, como el rey manda, á sus súbditos, como el padre á sus hijos, como el general á sus soldados; mandad y seréis ciegamente obedecido, pues nos consta que Vuestras prescripciones tenderán á la difusión de los ideales santos por los cuales haremos siempre oblación de nuestra vida. Dando, como damos, todo su valor al principio tradicional que informa el Credo carlista, aceptamos, sin discutir, la autoridad de la Iglesia y la Vuestra, pues faltáramos á nuestro deber de periodistas católicos y de soldados leales, si pretendiésemos rebajar una ú otra; si echando mano de ridículos subterfugios, osáramos desconocer nuestra misión, que es la de prestar obediencia absoluta al supremo Jerarca de la Iglesia y al Jefe indiscutible de la Comunión tradicionalista

española. Y dicho queda, Señor, que siendo sumisos al Papa y á V....., lo seremos á los dignatarios eclesiásticos, en lo religioso, y, en lo político, á los jefes que tuvierais á bien imponernos. Sólo así, creemos cumplir fielmente nuestros deberes de católicos y de soldados; así, y sólo así podrá ser que algún día llegue á obtener EL ESTANDARTE REAL el mismo renombre que en la guerra alcanzó su homónimo, la enseña gloriosa de las dos grandes cruzadas del presente siglo.»

FRANCISCO DE P. OLLER

NUESTROS PROPÓSITOS

Los recuerdos históricos, y particularmente los de índole militar, inspiran siempre simpatía á un pueblo que, como el español, ve en sus antepasados los mismos defectos é iguales virtudes que las que actualmente le caracterizan.

Así se explica el entusiasmo con que ha sido acogido el anuncio de la presente publicación, cuyo objetivo principal ha de ser estudiar la historia de nuestros días, bajo el punto de vista militar.

Nuestros correligionarios que sienten aún bullir en su corazón el fuego del entusiasmo, al recuerdo de tantas y tan atrevidas empresas en que tomaron parte activa, y cuantos estiman como suyas las glorias y los reveses del partido carlista, no podían por menos que aceptar con regocijo el pensamiento á que obedece la publicación de esta Revista, no precisamente por el mérito que á nosotros, como iniciadores, pueda cabernos, sino por los nombres ilustres que honrarán con sus trabajos las páginas de EL ESTANDARTE REAL.

Cuenta nuestra Comunión con un núcleo tan numeroso como brillante de esforzadas publicaciones, que difunden por todos los ámbitos de España, la semilla de la buena doctrina; periódicos hay en nuestra prensa, tales como *El Centro*, de Valencia, que es sin disputa uno de los

que más y mejor se adapta al temperamento carlista, que han publicado preciosos trabajos que respondían perfectamente á la necesidad que se dejaba sentir; pero la indole, más política que militar, de esas publicaciones, imposibilita á menudo el que dediquen preferente atención á estudios que entran de lleno en el dominio de una Revista.

Nuestras fuerzas son sobrado escasas para que, con sólo ellas, hubiéramos jamás arrostrado la responsabilidad de emprender trabajo tan arduo y espinoso; pero animados con la calurosa aprobación que nuestro proyecto mereció del Jefe augusto de la Comunidad tradicionalista, y alentados con el apoyo que nos brindaron correligionarios tan ilustres como los que cooperan en nuestra empresa, nos decidimos á dar el primer paso en tan escabroso camino, seguros de que, donde no alcance nuestro esfuerzo, llegará la bondad de nuestros lectores que suplirán, con su condescendencia, los defectos de que por culpa nuestra pueda adolecer esta publicación.

Si, como nos atrevemos á esperar, los tradicionalistas españoles y el público en general nos favorecen con su apoyo y benevolencia, confiamos llegar á convertir EL ESTANDARTE REAL en Revista político-militar que honre á la gloriosísima Comunidad carlista, dentro de España y fuera de ella.

Los interminables hechos de guerra á que han dado lugar nuestras campañas, dan pie á hacer siempre interesante el estudio de aquellas, á ilustrar el conocimiento de muchos de sus episodios, no conocidos aun de todos los carlistas y á buscar en muchas de las operaciones militares de nuestro campo el por qué de las victorias obtenidas y de los reveses sufridos.

El arte nos ha de servir de auxiliar poderoso y contribuirá, sin duda, á hacer más ameno y entretenido el relato de hechos que, de otra suerte, resultarían áridos y sin vida.

Gracias á la parte ilustrativa que, procuraremos que sea inmejorable, podremos tal vez colocar nuestra publicación á la altura de las de nuestros adversarios en

política, que han estudiado, fuerza es confesarlo, más que nosotros mismos, cuanto se relaciona con el partido carlista, particularmente en lo que atañe á la última guerra civil.

Nos cabe afirmar de un modo absoluto, que EL ESTANDARTE REAL nace con los mejores auspicios. Por nuestra parte, hemos de hacer todo lo imaginable por corresponder al favor de cuantos nos honran animándonos en tan atrevida empresa y la prestan, desde el primer momento, su apoyo valiosísimo.

Y no hemos de dar fin á estos renglones sin enviar un cordial saludo á la prensa española, particularmente á la carlista y á la militar.

Con la primera, nos ligan los lazos de la identidad en el sentir y en el pensar; con la segunda, los del respeto que inspira el adversario que franca y noblemente sustenta un ideal determinado.

De una y otra deseamos, pues, obtener igual cariño y la misma consideración que los que á nosotros nos merecen.

APUNTES SOBRE LA ULTIMA GUERRA CIVIL

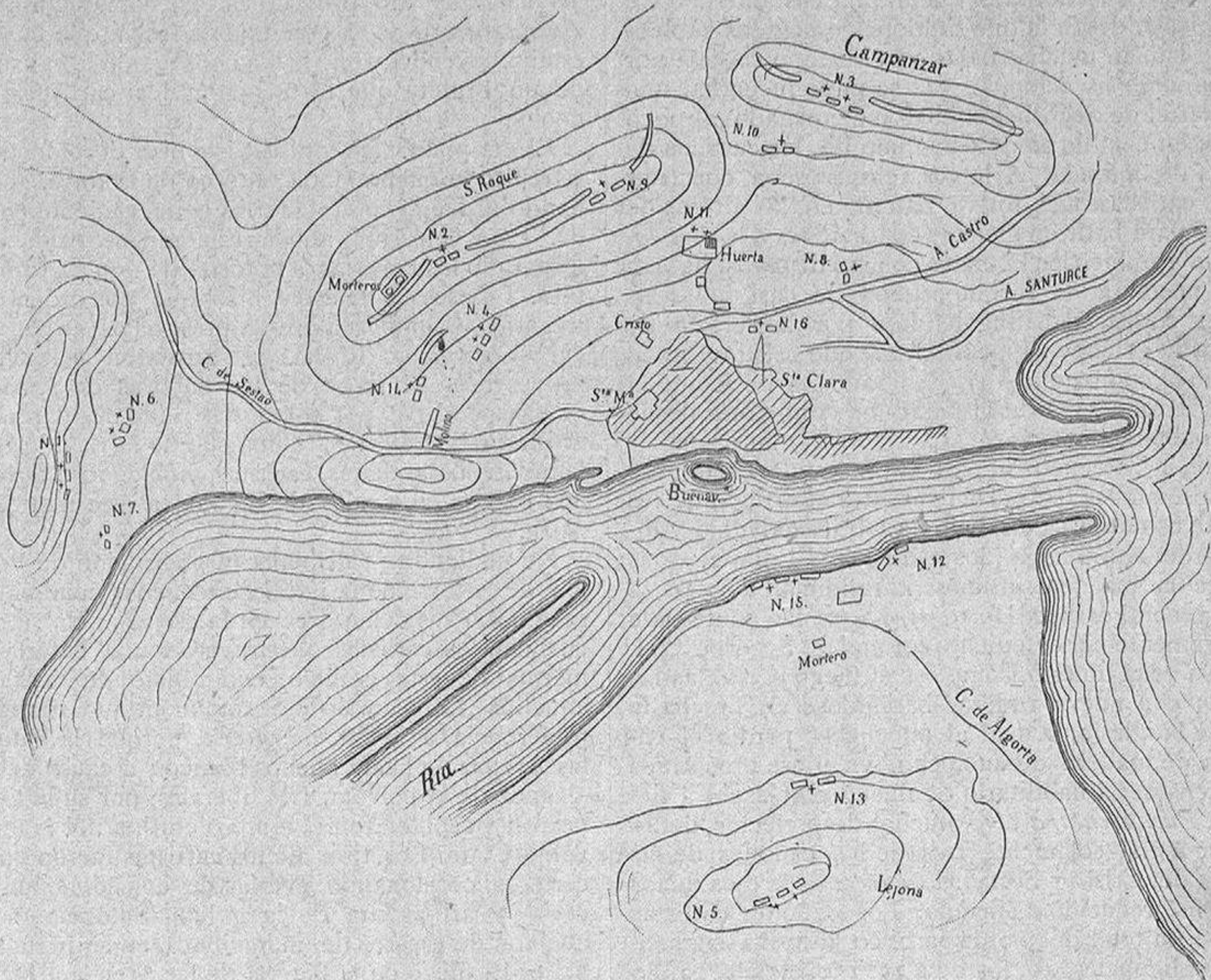
Servicio de la artillería en el sitio de Portugalete.—Diario de operaciones carlista, de la plaza y de la marina.—Rendición de la villa al general carlista Dorregaray.—Toma de los fuertes de Luchana y el Desierto por los carlistas.—Reparto de armas y efectos de guerra después del sitio.

PRÓSPERA había sido para los carlistas la suerte de las armas en el año de 1873. Gracias al progresivo desarrollo del naciente ejército del Norte, habíanse librado combates tan importantes como los de Eraul, Udabe, Monreal, Allo, Dicastillo, Mañeru y Montejurra, sin más revés para aquellos que el de Velabieta, cuyo revés vino, sin embargo, á favorecer la Causa carlista, costando á sus enemigos la pérdida de una gran fuerza moral y material, consiguiendo los carlistas llevar á terreno más favorable el teatro de las operaciones. Antes de terminar el año citado, es decir, por los días 28 y 29 de diciembre, habíanse realizado por las tropas de Don Carlos dos hechos notables: el definitivo cierre de la ría de Bilbao, y el principio del sitio de Portugalete.

Desde aquella fecha, podíanse considerar aislados del resto de España, los habitantes y las guarniciones de ambas villas. La ría fué interceptada, un poco más arriba de Olaveaga, con cadenas y calabotes que formaban con el eje de ella un ángulo de 45° próximamente. Dos medios intentaron los bilbaínos para destruir este obstáculo material que daba al traste con sus esperanzas de socorro por la vía fluvial. El uno fué

la salida de una fuerte columna desde Bilbao, que se retiró, rechazada por los carlistas: el otro fué arrojado sobre las amarras una especie de torpedo cargado con dinamita, que no dió fuego á tiempo. Dejaremos, pues,

por ahora á los bilbaínos entregados á sí mismos, y volvamos á Portugalete, donde el sitio habíase emprendido ya con verdadera seriedad por los carlistas, el 28 de diciembre.



Plano del sitio de Portugalete

Don Antonio Dorregaray, se encargó por aquellos días del mando en jefe, disponiendo que los ataques por ambas orillas fuesen independientes en cierto modo, pero siempre contando con que el principal fuese el de la izquierda. La retaguardia de los carlistas estaba asegurada completamente por la distribución de fuerzas vizcaínas y navarras en las Encartaciones, para impedir el paso á la plaza, que pudiera intentar el general republicano Moriones.

Los liberales, por su parte, habían salido de Bilbao el 28 y desembarcado el mismo día en Portugalete, en dos gabarrones, los materiales para armar un bloque en el alto de San Roque, con un capitán de ingenieros y el resto de la compañía que se hallaba ya allí desde mucho tiempo antes. Dedicáronse desde luego á mejorar las defensas existentes y construir las más apremiantes. La iglesia de Santa María estaba fortificada en el tercer cuerpo de su torre, y además la rodeaba un muro aspillerado, tanto del lado de tierra como del de la ría. La casa-escuela, estaba unida, por un muro sin aspillerar, á la iglesia, y al punto denominado el Cristo (que era un conjunto de casas) y el que se había cercado con un muro también aspillerado colocándose una pieza de montaña en el desván de una de ellas. Por la parte de Santurce había una cortina (llamada de Santa Clara) formada con otro muro aspillerado con dos garitones en sus extremos. En el edificio de la fonda (que tampoco carecía de muro aspillerado) se colocó otra pieza rayada de montaña. Por la parte de la ría, se hallaba estacionada la goleta *Buenaventura*, dotada con dos cañones rayados de 12

centímetros y uno rayado de 16, como batería flotante; y en el muelle viejo se construyó otro muro que ponía en comunicación la villa con el dique (*Véase el plano*). En el interior se habían construído traveses y espaldones para desenfilas calles y pasos de tropas.

Los carlistas tenían ya construídas y en disposición de funcionar, cuatro baterías. La de Sestao alta y baja, con dos piezas lisas de 14 y 15 centímetros; las dos de San Roque con dos cañones lisos de 12 y 13, y la de Campanzar, con otra del mismo calibre y otra rayada exagonal de á 9. La dotación de sus municiones era la siguiente: para dos de á 12, 600 proyectiles; para tres de á 13, 400; para una de 15, 100; para otra de 14, 100 y para las cuatro poligonales, 160 granadas. Las espoletas de éstas eran de tiempos. Los estopines fueron de fricción al principio, de canizo luego, y últimamente se cebaba con pólvora de fusil. No había saquetes y se cargaba con cucharas. La pólvora era de cantera, como ya hemos dicho.

Para la infantería había fuertes y bien situadas trincheras á prueba de la artillería y á menos de 500 metros del recinto, siguiendo los accidentes del terreno: los fuegos dirigíanse á aquel, á las casas, y á la guarnición y artilleros de la goleta. Los parapetos cubrían perfectamente á los tiradores. Algunos fueron hechos bajo la inteligente dirección del antiguo capitán de ingenieros del ejército de Isabel II, D. José Garín (1).

(1) D. José Garín era un modesto y brillante oficial del cuerpo de ingenieros militares. Al estallar la revolución del 68

El día 29 á las siete de la mañana rompióse el fuego por los carlistas sobre la goleta, iglesia y demás defensas de tierra, el cual duró hasta el anoche. Los días 30 y 31 se reprodujo el fuego de doce á tres de la tarde, habiéndose logrado quebrantar bastante la torre de la iglesia, desde la que tiradores escogidos molestaban y hacían muchas bajas en el campo carlista por su dominante situación. El 31, se pudo incendiar una casa-cuartel de Segorbe, el cual fué apagado al poco tiempo: en cambio se destruyó uno de los cuerpos de guardia de la fonda. A la vez, empezóse á construir por los carlistas una nueva batería en las alturas de Lejona, para batir en mejores condiciones á la *Buena Ventura*. También los liberales con sus disparos, habían hecho necesaria la recomposición de casi todas las baterías carlistas, distinguiéndose por la certeza de aquellos la goleta y vapor *Gaditano* que asistió y tomó parte en el combate del 31. Excusado es decir que la infantería no cesaba de disparar una contra otra desde sus atrincheramientos.

El día 1.º de enero se pasó sin fuego de cañón, dedicándose ambas fuerzas beligerantes al arreglo de sus respectivos desperfectos, bajo la febril actividad y dirección de Andéchaga, los carlistas. El día 2, á las once de la mañana, intimóse la rendición á la plaza por el general carlista Dorregaray, que fué contestada negativamente por el teniente coronel de Segorbe, Quijano. En vista de esto, rompióse el fuego por todas las baterías con nueva rudeza, batiéndose en brecha la torre de la iglesia, la cual al anoche perdió el encofrado de madera de su techo, viéndose precisados sus defensores á habilitarlo de nuevo con sacos á tierra. La *Buena Ventura* tuvo muchos desperfectos, dedicándose á ella solamente tres de los cañones de las baterías del Cristo y Sestao. El cañón de la casa de los Pellos, fué reducido á silencio. Los cañones carlistas hicieron un total de 300 disparos en la forma siguiente: los poligonales, 40; los de á 13, 130; el de á 12, 80 y 50 los de 14 y 15.

El día 3 rompióse el fuego á las ocho. Un cañón de montaña quedó desmontado y deshecha la caseta donde se hallaba emplazado, por lo que no volvió á disparar en todo el día. El de á 12 liso, abrió brecha en la torre de la iglesia, pero las piezas de Sestao obtuvieron pocos resultados por su poco fuego, á causa de lo pesado y difícil de su manejo y la mala calidad de la pólvora. El fuego duró 6 horas. El comandante de la goleta manifestaba á su jefe en oficio de aquel día, los pocos cartuchos de fusil que le quedaban, á causa de que la infantería había disparado 38,000 sólo en el día 3, para rechazar los ataques del enemigo, confesando á la vez los destrozos causados por los carlistas en la población y sus defensas. Las bajas que tuvo su tripulación fueron dos marineros, y él mismo herido, aunque levemente.

Calculando García Gutiérrez que los fuegos de la batería de Campánzar eran demasiado fijantes, fué autorizado por D. Castor Andéchaga para trasladarla á

pidió y obtuvo su retiro en clase de capitán. Había sido profesor de la academia de su cuerpo. Como D. Alejandro Argüelles y D. Amador Villar, que habían sido tenientes del mismo cuerpo, se hallaban ausentes, el primero curándose sus dolencias en Francia y el segundo en la Mancha como jefe de las fuerzas carlistas de la provincia, Garín empezó á funcionar en el ejército del Norte como ingeniero, y á él se le deben no sólo los trazados de parapetos y trincheras que hubo en Somorrostro, Guipúzcoa y otros puntos, sino la rápida organización en zapadores de las dispersas compañías de ingenieros en las provincias. En Portugaleta selló con su sangre su adhesión á la causa de Don Carlos.

San Roque, aproximándose 150 metros al recinto. Las restantes rompieron el fuego el día 4 sobre los mismos puntos, logrando continuar ensanchando la brecha de la torre y destruir su escalera. En todo el día arrojaron los carlistas 120 proyectiles. El comandante de la *Buena Ventura* decía con aquella fecha, que la torre se estaba cayendo, y que había conseguido librar su barco de un brulote que le arrojaran los carlistas por la noche.

El día 5, un proyectil carlista hizo desplomarse con estrépito la quebrantada linterna de la torre, acompañando al fuego de sus baterías la nuevamente construída. Para conseguir aquel resultado, se calcula haber disparado los carlistas, á la torre, de 400 á 500 proyectiles. La escasez de éstos, hizo que por orden de Dorregaray se fundiesen á toda prisa balas en Atonsótegui y Castrejana. El día 5 se arrojaron á la villa 150 proyectiles. El fuego de las baterías de Sestao tuvo que suspenderse por haber destruído sus parapetos la artillería liberal. Por la derecha de la ría adelantaron también los trabajos carlistas, habiéndose terminado una batería en el alto de Lejona, á 120 metros de la plaza.

No pudiendo ya disponer la guarnición de Portugaleta de la torre de la iglesia en buenas condiciones se refugiaron sus defensores en la escuela. En su consecuencia, los carlistas construyeron una batería á 100 metros de este edificio, con objeto de desalojar á aquellos. La batería de Sestao continuó tirando con preferencia á la *Buena Ventura*, porque la batería de las Arenas no hacía buenos blancos, á causa del corto alcance de la pólvora. Los liberales, por su lado, fortificaron y aspilleraron el muro ó cortina por la parte de Santa Clara. Los tiros de los carlistas fueron bastante certeros, ocasionando averías de consideración en el casco y arboladura de la goleta. Su comandante se quejaba de escasez de municiones, en su parte oficial del 6. El fuego de la batería de las Arenas se hizo más vivo y preciso á favor de una nueva batería que se construyó en un saliente de la costa, situado próximamente á media distancia de Lejona y la plaza.

Al amanecer del 7, reanudóse el fuego con igual tenacidad por ambas partes, en medio del cual, los carlistas se dedicaron á la construcción de una batería más próxima en la vertiente de Lejona (orilla derecha) consiguiendo, por último, hacer completamente inhabitable la torre de la iglesia por la destrucción absoluta de sus defensas.

El día 8 continuó el fuego en las mismas condiciones anteriores, convergiendo el de las baterías carlistas sobre la casa-escuela y el Cristo. Una bala de cañón carlista rompió la cureña de la pieza de montaña situada en este último punto, la que recompuesta provisionalmente, se la emplazó por los liberales en el piso principal de una casa del Cristo, para que reunida á la otra dirigieran sus fuegos á San Roque. A las ocho y media de la mañana entraron en el puerto los vapores *Gaditano* y *Bilbao*, con municiones de fusil y cañón para la guarnición y los barcos. El comandante de la *Buena Ventura*, de acuerdo con el del *Gaditano*, resolvieron quedarse para contribuir á la mejor defensa de Portugaleta. El buque empezaba á hacer agua á causa de uno de los disparos carlistas del día anterior, sobre la línea de flotación. Las bajas de la goleta el día 8, fueron un marinero muerto y 6 heridos, algunos graves: en la guarnición, un zapador, á quien hubo que amputarle una pierna.

En la noche del 8 al 9, se hizo un fuego considerable de fusilería por parte de los carlistas, desde las Arenas y parapetos de la Atalaya, con objeto de distraer la atención de los liberales, y dedicarse á los trabajos de aproche, é impedir algún desembarco, si lo había. La marina contestó con algunos disparos de metralla, y

efectivamente desembarcaron los liberales una gran cantidad de municiones de infantería y artillería. La carlista tiró poco durante el día por la escasez de sus proyectiles.

El día 10, consiguieron los carlistas incendiar dos casas del grupo del Cristo desde una nueva batería colocada á la altura de la cortadura del molino. La batería enterrada de las Arenas se dedicó á tirar á la *Buenaventura* y al *Gaditano*, con tanto acierto, que la primera tenía ya casi destruído su aparejo y una cuaderna hendida de un balazo. Al mismo tiempo su comandante se confesaba impotente en el parte oficial de aquel día, para proteger Luchana y el Desierto, conforme le ordenaba el comandante de marina de Santander. La citada batería de las Arenas se hallaba en el muelle mismo, á unos 100 metros de los referidos barcos. La mandaba el capitán de la primera guerra civil D. Nicanor Zaldúa. El combate librado durante la noche del 10 al 11 merece párrafo aparte.

De suma importancia era para los carlistas el deshacerse á toda costa y cuanto antes de los buques que defendían Portugalete. Conociendo, sin embargo, que no era fácil reducirlos al silencio ó echarlos á pique, por la inferioridad de la artillería carlista en número y calibre, sobre todo desde la orilla izquierda, ordenó el jefe del sitio D. Antonio Dorregaray al capitán García Gutiérrez, pasase á la orilla derecha, donde en vista de la menor distancia y situación de las baterías, pudiera intentarse con más ventaja destruir los mencionados obstáculos. Autorizado el segundo por el general carlista, dispuso que el cadete Mejía se colocase detrás de una de las casas de las Arenas con las dos piezas poligonales de á 8 centímetros; que después de cargadas al abrigo de ella, las descubriese sólo en el momento de disparar, y que lo hiciese sólo á los barcos y cuando se le previniese, reservando municiones para el amanecer, pues el cañón de á 12, de bronce, sólo contaba con 36 balas. Este fué puesto á las órdenes de Zaldúa, así como 70 tiradores escogidos de la infantería al mando del capitán Beitia, el cual, colocado á derecha é izquierda de la batería, no tenían más misión que hacer fuego, cuando los barcos abriesen sus portas para disparar. Al mismo tiempo se colocó un mortero de 27 centímetros en otra batería para que al amanecer bombardease la villa.

Arreglado todo de esta manera, rompióse un vivísimo fuego de cañón á las diez de la noche, entre la artillería de los barcos y el cañón de á 12 de las Arenas, siendo muy certero por parte de los carlistas, á causa de hallarse á menos de 100 metros, como dijimos. El capitán Zaldúa demostró en aquella su inteligencia y valor, batiéndose contra 6 cañones rayados de mayores calibres que el suyo, ayudado por los dos de montaña que mandaba el bizarro Mejía. Posible hubiera sido que á tener á mano los carlistas más número de proyectiles no hubieran podido huir la *Buenaventura* y el *Gaditano*, como lo hicieron á las ocho del día siguiente. A las doce de la noche habíanse agotado las del cañón de á 12, y no tuvieron más recurso que echarse á buscar por el suelo, los artilleros carlistas, las que se encontrasen procedentes de los disparos hechos desde la orilla opuesta: su número sólo fué de 16, que como es de suponer, se arrojaron en seguida á los barcos. Para completar esta ligera descripción, leamos lo que de oficio manifestaba á su jefe superior el señor D. Joaquín de Posadillo.—Empieza, diciendo, que tuvo necesidad de establecer un taller para cargar las granadas que había recibido el día antes, así como para limar sus tetones, por atorarse en las piezas, y otro taller para construir tacos de que carecía, encargando por último, del mando (bajo sus órdenes) de las colisas de popa y proa al alférez de navío D. Joaquín Barriere, cuyo celo, valor y serenidad durante el combate

elogia sobre manera, así como el de los Sres. Morgado y Molina.

«Tomadas estas disposiciones, rápidamente se empezó el fuego, sin que hubieran transcurrido cinco minutos desde el primer disparo del enemigo, que continuó su fuego con rapidez y acierto, bien que teniendo sus baterías á tan cortísima distancia, podían distinguir los buques, á pesar de la profunda oscuridad de la noche.—El *Gaditano*, amarrado por nuestra proa, hacía también fuego con sus dos colisas y fusilería, pues teniendo sus cañones en reductos, no perjudicaban los fogonazos á sus sirvientes. A la una y cuarto recibí aviso de su comandante, diciéndome que hacía agua por un balazo que había recibido, y pidiéndome municiones. Ya á esta hora había mi barco recibido 9 balazos y sabía por los proyectiles recogidos á bordo que, además del cañón de á 24 de la Atalaya, tenían los carlistas cuando menos tres en las Arenas, uno de á 24, otro de 16 y uno de 8 centímetros, que disparaban granadas espirales en forma exagonal y cargadas de pólvora y petróleo (1). En su consecuencia le mandé 25 granadas y la orden para subir al amanecer al Desierto, dejar víveres á su guarnición y después abandonar la ría, donde creía que no podría pasar otra noche sin que le echaran á pique.

«Continuamos el fuego con entusiasmo y la rapidez que la necesidad de arreglar granadas permitía, sin que el enemigo disminuyese el suyo de cañón y fusil: en Portugalete ardía una manzana de casas en el muelle nuevo, quemada por los carlistas; en las Arenas ardían otras incendiadas por nuestros proyectiles, y á cada nuevo disparo oíamos el ruido de los escombros que producían las casas al desplomarse. A las tres recibí segundo aviso del *Gaditano* pidiéndome más municiones, y diciéndome que no podía ir al Desierto por tener el condensador de su máquina averiado por un balazo.—El fuego vivo y certero del enemigo me hacía comprender su fuerza y abundancia de municiones (2), y la imposibilidad de aguantar otro día en la ría: pues de 400 granadas recibidas la noche anterior, no me quedaban más de 140, con las que apenas podría sostener el fuego hasta la hora de la pleamar, teniendo ya el buque en muy mal estado; le mandé, pues, algunas granadas y la orden de forzar la barra tan luego como tuviera luz para hacerlo; pues no habiendo agua para la goleta hasta las nueve de la mañana, quería, en el caso de que me inutilizaran la máquina ó timón, impidiéndome salir y obligándome á abandonar y quemar el buque, salvar al menos el *Gaditano*. Además de que tenía tal confianza en mi artillería, que no dudaba de que si llegaba la amanecida sin que me hubieran inutilizado, inutilizaría ó haría retirar la artillería enemiga, tan luego como pudiera apuntar con luz.» «A las cinco empezó el *Gaditano* á maniobrar y se nos atravesó por la proa, impidiéndonos el uso de la colisa de proa hasta las seis, que pude continuar el fuego y contribuir á disminuir el riesgo de la salida del *Gaditano*, que la verificó felizmente á las siete.—Al darle la orden de salida, había avisado al gobernador de Portugalete, yendo el cabo de guardia, Juan Dunfort, solo en un bote, en medio de una lluvia de balas, á decirle nuestra situación, mi determinación de salir, pedirle oficio para el general en jefe y es-

(1) No tomaron parte en el combate, más que un cañón liso de 12 centímetros y 2 de á 8 poligonales. En cuanto al petróleo, nada decía de oficio el capitán García Gutiérrez.

(2) A las doce de la noche, se recogieron 16 balas del suelo.

»topines para nuestra pieza, pues sólo nos quedaban
 »á bordo unos 40, regresando á las seis, sin haber
 »tenido novedad.—Amaneció todo el pretil del mue-
 »lle de enfrente aspillerado para fusilería, y conti-
 »nuando el fuego desde ella, de las casas y trincheras
 »de la Atalaya. El cañón de la Atalaya continuaba el
 »fuego; pero en las Arenas retiraban los cañones tras
 »de las ruinas de las casas para cargarlos, sacándoles
 »sólo en el momento de hacer fuego.—A las ocho de la

»mañana tenía á bordo unos 30 bala-
 »zos de cañón y el barco muy mal tra-
 »tado, me quedaban muy pocas grana-
 »das, y la convicción de perder el bu-
 »que si no lograba forzar la barra en

»aquella pleamar. En su consecuencia mandé avivar
 »los fuegos y preparé la salida, que decidí hacer, pi-
 »cando todas las amarras á un tiempo, pues era im-
 »posible salvarlas, ni aun sacrificando toda la gente.
 »—A las ocho y media, hubo de todo, y bajo un fuego
 »vivo de cañón y fusil piqué todas y me puse en mo-
 »vimiento.»

Concluye su parte el Sr. Posadillo, recomendando los oficiales y tripulación á la munificencia del Gobierno, manifestando que su casco había recibido 32 cañonazos y muchos en el aparejo, además de un bote destrozado. Sus bajas fueron dos oficiales y cuatro marineros.

Al amanecer del 11, cesó el fuego de los cañones



Estandarte real ó de María Teresa

carlistas para dar algún descanso á los artilleros, conseguido ya su objeto de hacer retirar los barcos enemigos, rompiéndose el de mortero entonces, sobre la villa, ocasionando los desperfectos consiguientes. La situación de ésta varió mucho, naturalmente, por la falta de apoyo moral y material que los barcos le prestaban. Sus defensores se dedicaron á mejorar sus fortificaciones y desenfilar sus reducidas comunicaciones. La fuerza de ingenieros, se encargó de la defensa de la cortina de Santa Clara y calle de Coscojales, con la orden de retirarse en último extremo á la iglesia. El batallón de Segorbe, se encargó de la manzana de casas de la fonda y plaza de la Constitución, y una compañía del mismo, del dique y calle de Santa María, estableciéndose, por último, un reducto á prueba de artillería. El 11 por la tarde volvió á encargarse del ataque de la izquierda, el capitán García Gutiérrez á

las inmediatas órdenes del coronel D. Juan María Maestre, que había llegado el mismo día, acompañado del antiguo capitán retirado del cuerpo, D. José Juárez de Negrón y D. Rodrigo Vélez.

El día 12, se sostuvo por ambas partes, un nutrido fuego de fusil y cañón, desde los mismos puntos. El coronel Maestre dispuso pasase á la orilla derecha el capitán Vélez, para encargarse del ataque por las Arenas: Negrón se encargó del mando del cañón de á 12, para batir la casa-escuela, y de otra pieza de montaña que había en la casa-botica. García Gutiérrez fué encargado de reponer las bajas de artilleros sufridas hasta el día, con voluntarios de los batallones vizcaínos, para hacer menos penoso el servicio de todos, y de volver á montar el aparato para poder usar el cañón de á 16 contra la iglesia, desde el alto de San Roque. El mismo Maestre, además de acudir á todas partes, se encargó personalmente de establecer la batería de morteros, animando á los artilleros y dando

EL ESTANDARTE REAL



FIGURA ALEGÓRICA DE LA ESPAÑA.—GRAN CUADRO AL ÓLEO, POR ERMOLAO PAOLETTI

EL ESTANDARTE REAL

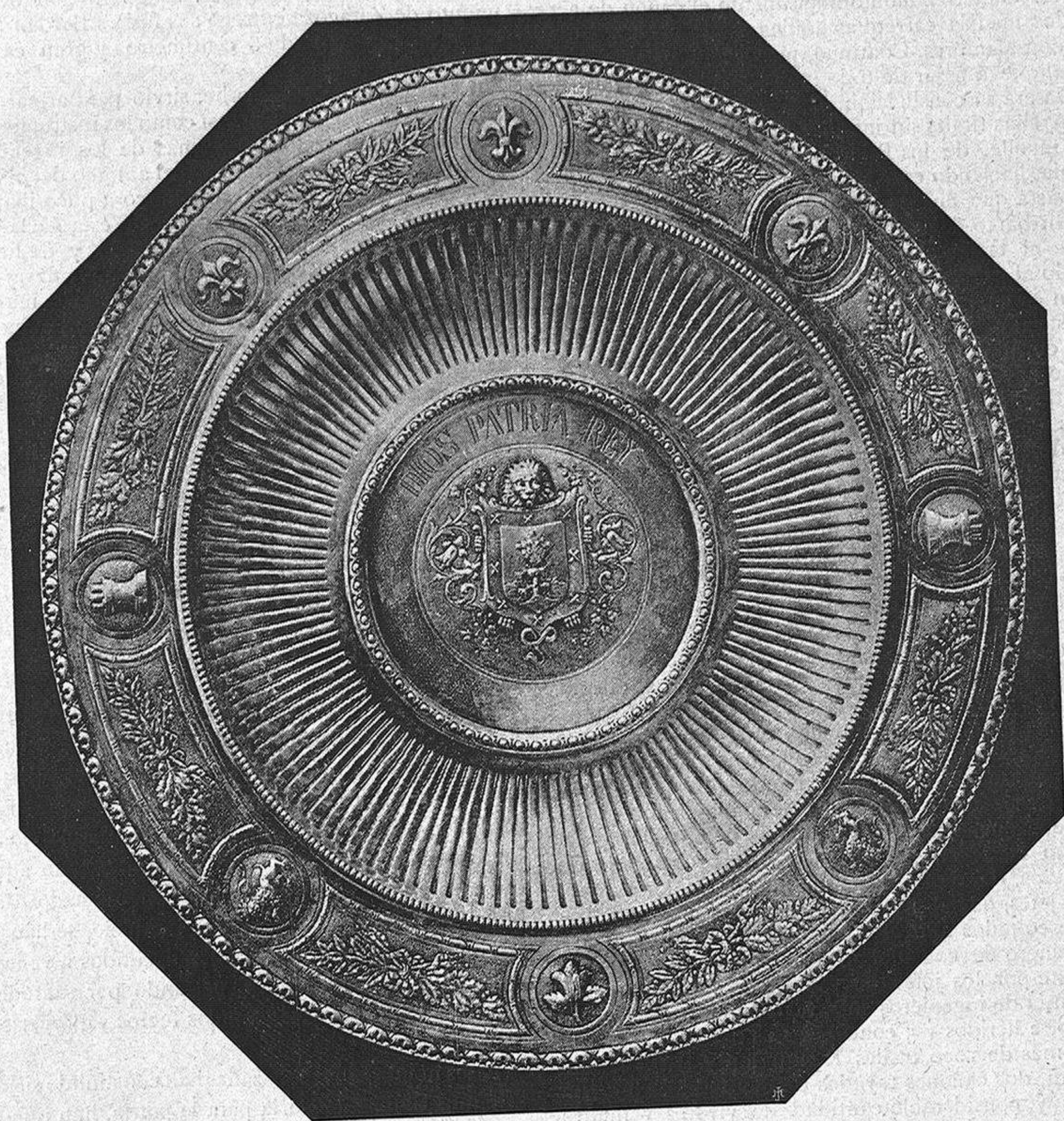


EPISODIO DE LA BATALLA DE LACAR (3 de Febrero 1875). CUADRO AL ÓLEO, POR E. ESTEVAN

ejemplo de valor y serenidad. Es de creer que si el 12 de enero no hubieran escaseado los proyectiles á los sitiadores, hubiéranse rendido más pronto los sitiados, así es, que el ataque se redujo desde entonces, por parte de los carlistas, á ir destruyendo poco á poco las defensas de los liberales. El comandante general de artillería, Berriz, se presentó de nuevo por aquellos días en el cuartel general de Dorregaray, ayudando á sus

compañeros y subordinados, que bien lo habían menester.

Los días 13, 14 y 15, continuaron el fuego la infantería y baterías carlistas, avanzando sus obras paso á paso, si así puede decirse. En los días citados fué apoyada la guarnición por varios vapores, que á la desembocadura de la ría, rompieron el fuego contra las posiciones carlistas, especialmente hacia las Arenas.



Plato de 40 centímetros de diámetro, en plata repujada, regalo de Don Carlos, para el Certamen conmemorativo de la Jura de los Fueros en Guernica

Desde este punto fueron trasladados los morteros carlistas á San Roque. Las noches fueron empleadas por las fuerzas beligerantes en reparar las defensas, mutuamente destruídas durante el día. Los liberales aumentaron las de la iglesia haciendo otras barricadas en las calles. Los carlistas construyeron una batería nueva en las Arenas, completamente á cubierto de los fuegos contrarios. Los días 16 y 17 se emplearon por los liberales, en prevenirse de los trabajos de mina que pudiera verificar el sitiador por las alcantarillas, mientras éste hizo volar una el día 17 delante de la manzana de casas del muelle nuevo. Las avanzadas fueron sorprendidas; y á pesar de haber recibido los sitiados un

refuerzo de 30 hombres, fueron tomadas las casas, asaltándolas por la brecha los carlistas con inusitado empuje. Como desde una de ellas se enfilaba la cortina de Santa Clara, dispuso el gobernador de la plaza desalojar á los carlistas é incendiarla. Así se verificó la noche del 17 por la guarnición, protegida por el fuego de las 2 piezas de montaña que los liberales emplazaron en la fonda. Este edificio era batido, sin cesar, por las baterías carlistas de las Arenas. El 18, continuó el fuego de ambos combatientes, y los carlistas se aprovecharon de los escombros y materiales de la casa quemada el 17, á fin de aproximar sus fuegos y proteger los trabajos de una nueva batería más cercana.

El 19, apareció terminada ésta en la huerta de la casa de Armona, y otra nueva en la carretera de Santurce. El día 20 se hallaba tan destrozado el edificio de la fonda, por los proyectiles que sin cesar le lanzaban las baterías de las Arenas, que hubo de pensarse por los liberales en abandonarla. Durante estos días, el trabajo incansable de los carlistas se redujo á seguir el bombardeo y acercar todo lo posible sus baterías y trincheras, situándose algunas á tiro de pistola. El capitán García Gutiérrez montó nuevamente el cañón de á 15 en dos medias carretillas unidas con traviesas y sujetas con alambres. Continuó, pues, el fuego contra la torre, que á pesar de todo, no acababa de caerse; tan sólida era su construcción. El comandante Vélez desde las Arenas tiraba sin intermisión sobre la fonda, casas del muelle, de los Pellos y defensas exteriores de la iglesia, haciendo estas posiciones imposibles de defensa, hasta que una granada arrojada á larga distancia por un barco de guerra, entró en la batería, estallando sobre el teniente don Ilidio García Pimentel, é hiriendo al comandante Vélez y otros artilleros (1).

Sin embargo de este duro percance sufrido por los carlistas, avivaron el fuego el día 21, teniendo la fortuna de introducir una bomba dentro de la iglesia, en ocasión de hallarse mucha parte de la guarnición comiendo el rancho, y otras varias en los alrededores. A las once de la mañana reunió consejo el gobernador de la plaza, Quijano. Oyóse el ilustrado informe del capitán de ingenieros Vanvell: expuso, en resumen, que los edificios de la iglesia y escuela sirviendo de constante blanco á la artillería carlista durante 28 días, se habían hecho insostenibles: el edificio de la fonda se hallaba en ruinas; las casas del Cristo poco menos, y, por lo tanto, tenía que reducirse la defensa á las viejas y deterioradas casas de la población. En vista de esto, propúsose suspensión de hostilidades al general carlista Dorregaray, y capitulación al mismo, en la noche del referido día 21.

En la capitulación se estipuló, entre otras cosas, que la guarnición saliese con armas, entregándolas al pie de los muros de la villa, quedando ellos prisioneros de guerra para ser cangeados á la mayor brevedad posible. Aquella se componía, como hemos dicho, del batallón cazadores de Segorbe, de una compañía de ingenieros, de una sección del 4.º de artillería á pie, cuyos jefes, oficiales y tropa fueron conducidos á Estella, escoltados por el 2.º batallón de Navarra con todo género de consideraciones y agasajados particularmente por los jefes de éste, Rada y Calderón. La compañía de ingenieros sola, tuvo durante el sitio un muerto, 2 heridos y 5 contusos. Los defensores entregaron más de 1000 fusiles Remington y Berdán, una bandera, dos cañones rayados de montaña de 8 centímetros y considerable cantidad de víveres y municiones.

Las bajas carlistas fueron muy numerosas. La batería de montaña compuesta de vizcaínos, en su mayoría, demostró un valor y serenidad á toda prueba, sufriendo penalidades sin cuento y sin poder apenas relevarse en su continuado servicio. Murieron, el mencionado teniente Pimentel, el alférez Rodríguez, un sargento segundo, un cabo y 3 artilleros. Fueron heridos, el comandante Vélez, un sargento, 3 cabos y 16 artilleros. Hay que tener presente que la batería constaba de 90 hombres antes de comenzar el sitio. Las municiones consumidas fueron 2,253 en esta forma: 121 bombas,

198 granadas exagonales y 1,934 balas de 12, 13, 14 y 15 (1).

Los otros dos fuertes que los liberales poseían para defensa de la ría, á saber: Luchana y el Désierto se entregaron á los carlistas, el 12 de enero; el primero sin hacer una grande y prolongada resistencia. El segundo se defendió un poco más tiempo, pero ambos destacamentos eran poco numerosos. El Désierto se rindió el 23 del mismo mes: su guarnición del regimiento de Zaragoza entregó sus fusiles Berdán y otro cañón de montaña de 8 centímetros y gran cantidad de cartuchos.

El armamento de Segorbe, sirvió para armar con él al 2.º batallón de Navarra, así como los instrumentos de su charanga: el resto y las armas de los ingenieros y de Zaragoza se entregaron, con el antiguo del 2.º, á los demás batallones carlistas, que poco á poco iban uniformando su armamento. A partir de esta fecha, lo tenían ya en excelente estado de servicio y de los modelos Berdán y Remington, 8 batallones navarros, 8 vizcaínos, 4 alaveses y 8 guipuzcoanos. Las municiones se repartieron según las necesidades; y los cañones sirvieron para formar la 2.ª batería de montaña, reunidos á los otros dos de Guipúzcoa. Pero, de este y otros sucesos, hablaremos en uno de los próximos números.

ANTONIO BREA

GUERRA DE MONTAÑAS

I

CUANDO la ambición de un hombre ha amenazado la independencia de los pueblos, ó cuando éstos han visto ultrajados sus más nobles sentimientos, millares de hombres extraños á la profesión militar han cambiado su tranquila vida por los azares de la guerra, y abandonando todo aquello que más caro podía ser á su corazón, animados de sublime espíritu de abnegación y sacrificio, se han lanzado á los campos de batalla decididos á vencer ó morir al pie de sus altares, peleando por sagrados y legítimos derechos ó venerandos fueros y gloriosas tradiciones.

Estos hombres cuyas hazañas han constituido siempre brillante timbre de gloria para la patria, han inmortalizado sus nombres, batiéndose en todas épocas y en todas ocasiones con singular heroísmo, objeto de la admiración de propios y de extraños; pero rara vez esos héroes han visto coronados sus nobles esfuerzos

(1) Relación de muertos carlistas en el sitio de Portugalete pertenecientes á la 2.ª batería de montaña.—Teniente, D. Ilidio G. Pimentel.—Alférez, D. Juan Antonio Rodríguez.—Cabo 2.º Julián de Laudabúrn, y artilleros José Alberdi, Roque Barandica y José Ugalde.—Heridos: Sargento 2.º Víctor Iribuz.—Cabo 1.º Sebastián Guarochinea.—Cabos segundos, Manuel Barrutia y Simón Oquendo.—Artilleros, Pedro José Amallavieta, Pedro Garay (dos veces), Juan Bautista Sustacho, José Arana, Atanasio Bilbao, Domingo Ugalde, Manuel Gabina, Agustín Uribe, Tomás Laveano, Juan Cruz, Pedro Abraguín, Pedro Abambarri, Cayetano Bilbao, José Miguel Gabiola y José Odiaga.

(1) D. Ilidio García Pimentel, había estado algunos años en la academia de artillería, así como su hermano D. Germán. La muerte prematura del primero fué muy sentida en las filas carlistas, donde era muy apreciado por sus bellas cualidades, actividad y valor.

con espléndida victoria. Las pocas veces que han triunfado, han contribuido, es cierto, muy eficazmente á que su Causa venciera; pero la historia nos hace ver que no han podido apropiarse, exclusivamente, los honores del triunfo, porque siempre en el logro de éste ha intervenido alguna causa extraña á sus propias acciones.

Somos carlistas por convicción y por costumbre: nos hemos educado al calor de las benditas ideas tradicionalistas, y el recuerdo de nuestras más remotas alegrías, lo mismo que el de nuestras tristezas, está íntimamente unido al de nuestras victorias y derrotas. Desde niños nos hemos acostumbrado á admirar con íntimo cariño y verdadero entusiasmo á aquellos de nuestros jefes que al frente de grandes masas de paisanos y en medio del fragor de los combates supieron instruir sus fuerzas en las horas necesarias al descanso; disciplinarlas y ordenarlas, sin clases; vestir las, sin repuestos; armarlas y municionarlas, sin parques; y, en fin, guiarlas á la victoria, combinando operaciones y marchas y sosteniendo acciones con un enemigo superior en número, así como por los recursos inagotables de que podía disponer. Así mismo, admiramos también desde niños á aquellos voluntarios de incomparable fe, de imperturbable buen humor, de incansable constancia, á quienes ni el hambre desfallecía, ni la intemperie y desnudez arredraban; que sin mostrar el menor disgusto ejecutaban marchas inverosímiles y peleaban con bravura, vencían con generosidad y se retiraban con firmeza.

Somos carlistas por convicción y por costumbre, repetimos, y consagrados á la causa del Altar y del Trono, teniendo por única norma de nuestra conducta la mayor gloria de la Comunión Católica-Monárquica y guiados por una exclusiva aspiración: la de ser soldados de nuestro R... nos hemos dedicado con particular predilección al estudio de las ciencias militares y al de la historia de nuestras campañas, y al buscar el origen de nuestras derrotas, hemos creído verlas ocasionadas en gran manera por la mano de las traiciones y los manejos de la política; pero aun más que por todo esto, por ese desdén con que en nuestra patria se han mirado siempre las cuestiones científicas relacionadas con la guerra, y por la vulgar creencia de que para pelear con ventaja bastaba levantar partidas; que para conseguir la victoria no había para qué tener presentes los principios del arte militar; y en fin, que cualquier paisano, con sólo ser valiente y conocer bien el terreno tenía de sobra para ser invencible general.

No queremos censurar y, aunque lo quisiéramos, somos demasiado jóvenes para intentarlo; no pretendemos rebajar en lo más mínimo el relevante mérito contraído y los valiosos servicios prestados por los que con su palabra ó con su pluma nos han enseñado y nos alientan á ser verdaderos católicos y verdaderos españoles: ante todos los que en uno ú otro terreno, en una ú otra forma defienden nuestra Causa, nos descubrimos con cariñoso respeto y si algo pudiese valer nuestro aplauso, celebraríamos aquí sus triunfos y alentáramosles á seguir firmes y serenos en sus puestos, si por ventura necesitaren de algún aguijón para continuar

cumpliendo brillantemente con su deber. Pero sus triunfos, con ser tan grandes, no bastan. Sus trabajos prepararán, sin duda, el terreno; su voz llegará á conmover los cimientos de los castillos enemigos; pero hay muchos intereses *materiales* creados á la sombra del liberalismo... europeo, para que éste ceda el campo ante el solo poder de la razón y la justicia, y, no hay que forjarse ilusiones, si alguna vez alcanzamos el triunfo decisivo, para rescatar la palma de la victoria de las manos de nuestros enemigos, tendremos que abrirnos paso por en medio de sus masas, con la punta de nuestras bayonetas y el fuego de nuestros cañones.

Y si de esto no puede caber la menor duda, ¿podremos esperar tranquilos y descansados la hora de la pelea, dejándonos alucinar tontamente con ideas que (como la de que á la traición debióse *exclusivamente* el mal éxito de nuestras empresas) halagarán mucho nuestro amor propio de soldados invencibles frente á frente y combatidos con lealtad, pero que pueden dar pie á que nos abandonemos torpemente en la confianza de que el día de mañana nos bastará para vencer, expurgar de traidores nuestro campo? De ninguna manera: no nos debemos contentar con el fervor religioso y la entusiasta convicción y fuerza que adquieren nuestros sentimientos, penetrándonos de la verdad y pureza de nuestra doctrina; sino que también debemos preocuparnos de las contingencias del porvenir; procurando resolver con tiempo todos aquellos problemas que algún día pudieren entorpecer el desarrollo de nuestros planes militares al encontrarnos frente á frente de la... Europa revolucionaria. Porque los trabajos de propaganda serán la base de nuestro triunfo; pero si cuando llegue el momento crítico de conquistarlo nos encontramos con que se ha empleado todo el tiempo y hanse gastado todas las fuerzas *exclusivamente* en controversias políticas y religiosas, ¿qué ocurrirá? Lo de siempre: que plenamente poseídos de la santidad de su Causa, ebrios de entusiasmo, derramarán su sangre millares y millares de hombres, que únicamente servirán de *carne de cañón* y no de pedestal de un gran trono.

No nos cansaremos jamás de repetir, que para conseguir triunfos militares *hay que trabajar en paz más que en campaña*, y no se vence con el entusiasmo, sino con el estudio, como lo prueba palpablemente, el que mientras los franceses se embriagaban con la idea de la victoria, atronando las calles de París con los gritos de ¡á Berlín! ¡á Berlín!, los alemanes (sin explosiones de entusiasmo) les preparaban los vergonzosos desastres de Metz y de Sedán, poniendo desde luego en práctica aquel notable plan de campaña, que hasta en sus más pequeños detalles *intentan ya ultimado dos años antes de comenzar la guerra*.

Para probar cuán equivocados se encuentran los que llevados de un exagerado amor patrio y mareados por la nube de incienso que se levanta del altar de la patria al recordar la fecha inmortal del Dos de Mayo y los nombres de Merino, Sánchez y Palarea: los que al contemplar las grandes figuras de Zumalacárregui, Ollo, Castells y tantos otros generales carlistas, creen

que el valor y el conocimiento del terreno son las únicas condiciones que exige esta clase de guerra, que juzgan hasta cierto punto insignificante y sencilla; para probar este error debe bastarnos considerar que antes de que los héroes de la Independencia y del Carlismo esmaltasen con sus gloriosos hechos la historia de nuestra patria; antes, también, de que *Czernitscher*, *Telternborn*, *Daremborg* y *Marwitz* (1) enaltecieran sus nombres con sus expediciones, con el asalto de Luneburgo y con la sorpresa de Brunswick; antes, en fin, de que los *Cereceda*, *Vallejo* y *Bracamonte* hicieran célebres en tiempo de Felipe V nuestras tradicionales guerrillas; mucho antes de que todos estos valientes conquistaran honroso lugar en los anales militares, ya *Joch Ewald* publicó su notable estudio sobre *La guerra de guerrillas*, que brotó al calor de las hazañas de aquellos famosos partidarios del siglo XVII, tales como el *Conde Ernesto de Manfeld*, el irreconciliable enemigo del Austria; *Walleinstein*, que le derrotó en Desau; el *Duque de Brunswick* y el *Duque Bernardo de Weimar*, tan notable por la toma de Wutzburgo, Manheim y Rhienfelden.

Mas tarde, *Emmerich* (el desgraciado caudillo de los heseses) publicó *El partidario en tiempo de guerra*; y si, paso á paso, fuésemos examinando cuanto se ha escrito sobre la guerra de partidas y la de montañas, al estudiar (entre otras muchas) la *Historia del cuerpo de carabineros de Lippe-Buckebourg*, por el mayor de During; ó *La guerrilla y la estrategia moderna*, por el mayor Ch. Decker; ó *La campaña del duque de Rohan en la Valtelina*; ó *La pequeña guerra*, por Rustow; ó *La guerra de los bosques*, por Monnier; ó *La guerra de montañas*, por Kuhn; ó los escritos de Davidoff y de Giustiniani y tantos y tantos otros como han ilustrado los periódicos y las revistas militares: al ver como Mieroslawski, el ilustre jefe polaco procuró con sus escritos corregir los errores cometidos por sus compatriotas al luchar por su independencia, y no contento con esto (2), fundó varias escuelas militares, al frente de una de las cuales (la de Cuneo), se distinguió *Languiewicz*, el general en jefe y dictador de los polacos en la guerra de 1863: al contemplar, en fin, como hasta los mismos alemanes, en nuestros tiempos, (cuando su ejército parece como que marcha á la cabeza de los de las demás naciones), también se han preocupado del estudio especial de la guerra de partidas y de montañas, y tanto que en el tomo VI (1873) de los *Anales para el ejército y la marina*, hemos tenido ocasión de leer un curioso trabajo «Sobre el proyecto de crear una escuela de guerrilleros;» al ver, decíamos, como todos los militares de todas las épocas, han dedicado particular atención á la clase de guerra á que nos re-

(1) Valientes guerrilleros de la primera mitad de nuestro siglo.

(2) Entre los escritos de Mieroslawski, podemos citar los siguientes: Teoría de la guerra con relación al alzamiento nacional; Exposición de la campaña de 1831 y reglas derivadas de ella para la guerra nacional, y Teoría de la Revolución con referencia especial al estado de Polonia.

ferimos, creemos que basta para probar cuan lastimosamente equivocados se encuentran los que creen que no hay necesidad absoluta de estudiar mucho para vencer, ni hace gran falta un ejército organizado, y que con correr á la muerte cuando el Rey ordene la guerra, basta y sobra, y para salir airosos de semejante empresa basta el levantamiento de partidas, aun cuando no se haga con arreglo á un plan bien calculado, discutido, fijo y determinado con suficiente antelación.

La importancia del estudio de la guerra de montañas y de partidas se desprende también de las distintas reglas que para ella se han dado. Entusiasmado el general *Mathieu-Dumas* con esta clase de guerra, dice: «La de montañas es la parte poética del arte de la guerra;» y nosotros hacemos nuestra esta frase, aunque no para expresar la misma idea, sino en el sentido de que así como el arte métrica no está sujeta en todas las naciones á las mismas reglas, así también podría decirse que cada autor militar tiene su modo distinto de considerar este asunto, sin que podamos preferir en absoluto las apreciaciones de uno ú otro, pues todos ellos son á más de inteligentes escritores militares, soldados aleccionados en notables campañas. Así, pues, juzgamos nosotros que para formarnos claro juicio de lo que debe ser la guerra de montañas, no podemos concretarnos á estudiar un autor determinado, sino que hay que estudiarlos todos, y desde este punto de vista, la guerra de montañas es más difícil que el resto del arte militar, sujeto éste á reglas más ó menos variables, según las épocas, pero fijas en cada una de ellas, mientras que hasta se contradicen muchas de las reglas dadas por aquella.

En efecto: el Archiduque Carlos dice: «En la guerra de montañas el ataque tiene tan gran superioridad sobre la defensa, tanto desde el punto de vista táctico como desde el punto de vista estratégico, que no se puede establecer el equilibrio entre ellos;» y Napoleón se expresa así: «En la guerra de montañas es siempre desventajoso atacar, aun haciendo una guerra ofensiva; consiste el arte en no tener más que combates defensivos y en obligar al enemigo á atacar.» El Duque de Rohan asegura que «lo importante es el dominio de las cumbres;» pero Lecourbe, Brea (1) y el Archiduque Carlos prescriben «la posesión de los valles,» y mientras muchos dicen que «las montañas son difíciles de franquear y fáciles de atacar,» y otros que «es más difícil atacar que defender una cordillera,» Vial se expresa así: «En las montañas la estrategia debe ser ofensiva y la táctica defensiva.» Y si de la teoría pasamos á la práctica y (concretándonos á nuestra patria) examinamos las operaciones dirigidas por Zumalacárregui, vemos que este inmortal caudillo obró en contra de los principios observados por Napoleón en la primera campaña de Italia.

Esta ligera idea que acabamos de dar de las contradicciones que á primera vista y en los principios gene-

(1) Mr. Jean Brea. General francés que se distinguió en las guerras del Imperio y murió el 25 de Junio de 1848 asesinado por los insurrectos en la barrera de Fontainebleau.

rales observamos entre las teorías y los hechos de los más acreditados escritores militares y los más afamados capitanes, prueba sobradamente lo difícil de la dirección de la guerra de montañas, y, por consiguiente, lo indispensable que es su estudio científico y preparatorio.

Ahora bien: si de esto no cabe la menor duda, si es tan difícil dirigir una guerra de montañas, aun contando para llevarla á cabo con bien organizados cuerpos, mandados por jefes y oficiales harto instruídos y prácticos en el arte militar y puestos á su frente generales encanecidos en el constante ejercicio de la profesión militar, ¿cuánto más difícil no sería y cuánto mayor estudio y cuáles extraordinarios trabajos preparatorios no debió de exigir una guerra de la índole de la *carlista* á todos aquellos que deseaban, no ya distinguirse, sino sólo *cumplir* con el papel que á cada uno le tocaba desempeñar en estas campañas, tanto más gloriosas cuanto más inverosímiles parecen?

Mirando la guerra carlista á la luz de la razón fría y tranquila, ajena por un momento al noble entusiasmo que en nuestros corazones infunden lo legítimo de nuestras aspiraciones y la herencia de gloria que nos han legado nuestros padres; mirada la guerra carlista, decíamos, á la luz de la razón fría y tranquila, que es la que debe guiar al hombre cuando desea conocer toda la magnitud de las dificultades que debe vencer, para mejor afrontarlas firmemente decidido á no retroceder un ápice por grandes que sean los obstáculos, resuelto á salvarlos á todo trance ó, por lo menos, á morir con gloria (como cumple á caballeros católicos y españoles), increíble parece que podamos abrigar esperanza alguna de que la bandera de Dios, de la Patria y del Rey, llegue á ondear victoriosa en el regio alcázar de Madrid, al considerar que los ejércitos que se forman en las condiciones que el nuestro, tienen impreso en su origen y en virtud de las circunstancias especiales en que se crean, un germen fatal de disolución y muerte.

Sentimos verdaderamente habernos visto precisados á estampar las anteriores palabras; pero las situaciones difíciles hay que mirarlas de frente para dominarlas por completo, arrostrándolas con perfecto conocimiento de causa, y como verdaderos carlistas de corazón que somos, juzgamos deber nuestro hablar con arreglo á *nuestro leal saber y entender*, (como manda la Ordenanza), sobre todo tratándose de un asunto de tan capital interés para nuestra Patria, y no siendo otro nuestro ánimo que poner de manifiesto las dificultades de la campaña, para que, precisamente á la vista de ellas y estimulados por el noble deseo de conocer la ciencia militar, procuremos todos estudiar, y estudiar mucho y bien, ahora que, gracias á la paz que *sufrimos*, tenemos tiempo sobrado para juzgar sobre los hechos pasados. Porque si es muy cierto que una vez declarada la guerra, nadie debió pensar más que en batirse honrosamente y dejar bien puesto el honor de su bandera, derramando su sangre cuándo y dónde quiera que fuese necesario, también lo es mucho que, antes de empezar la guerra, convenía tener previsto

cuanto pudiera relacionarse, más ó menos, con el triunfo. Hoy por hoy ya no debemos pensar en morir con gloria, sino en vencer con la inteligencia y el estudio.

La última guerra carlista debe abrazar tres períodos bien distintos: Comprende el primero el levantamiento en masa; constituye el segundo la organización de las fuerzas, y forman el tercero, las operaciones militares que pudieron dar por inmediato resultado la victoria decisiva y el dominio completo del país enemigo. El primero es del dominio del guerrillero, y los otros dos lo son, respectivamente, del táctico y del estratégico.

En el primer período se lanzan al campo y con su influencia arrastran á las masas, hombres de extraordinario prestigio, personas dignísimas y de acrisolada lealtad; pero que, ó desconocen por completo lo más rudimentario del arte militar ó, si alguna vez se han batido y hasta han llegado á ejercer algún mando, el largo tiempo que luego ha trascurrido desde que realizaron sus primeros hechos de armas, hasta el momento en que vuelven á vestir el uniforme, el alejamiento de la vida militar en que han pasado largos años, dedicados al cuidado de sus fincas ó al ejercicio de una profesión civil, da lugar á que, en general, no estén muy fuertes en el difícil arte de la guerra. No obstante, como su misión en este primer período es levantar el espíritu del país y mandar partidas, pueden desempeñar brillantemente su cometido, si poseen el instinto del guerrillero; porque las cualidades exigidas para serlo no se adquieren, sino que son innatas como la delicadeza del oído en el músico, la facilidad de la expresión en el orador y el estro en el poeta.

En el segundo período de la guerra, no bastan ya ni la lealtad, ni el instinto del guerrillero, ni la buena voluntad de un jefe para dar perfecta organización á las tropas; porque para esto hay que estar al tanto de multitud de detalles á los cuales no puede atender debidamente el que de antiguo no esté acostumbrado al mando, á la vida de los cuarteles y al constante estudio de los progresos del arte de la guerra, que de joven aprendiese, bien en una escuela militar, bien con la práctica de anteriores campañas.

Además, en este segundo período hay ya que acometer empresas serias y combates formales que preparen convenientemente á los oficiales y voluntarios para las grandes operaciones que, constituyendo el tercer período, deben dar por resultado el triunfo definitivo, y para acometer con éxito tales empresas, sin que su resultado sea tomar, perder y volver á tomar unas cuantas posiciones y estar al fin de la jornada peor que al principio, es necesario maniobrar no sólo con arreglo á los principios particulares de la guerra de montañas, sino que también con arreglo á los principios *absolutos* tan abstractos y por lo mismo tan difíciles de aplicar y que son casi del exclusivo dominio de la estrategia.

REYNALDO BREA.



EL JUEVES SANTO EN SOMORROSTRO

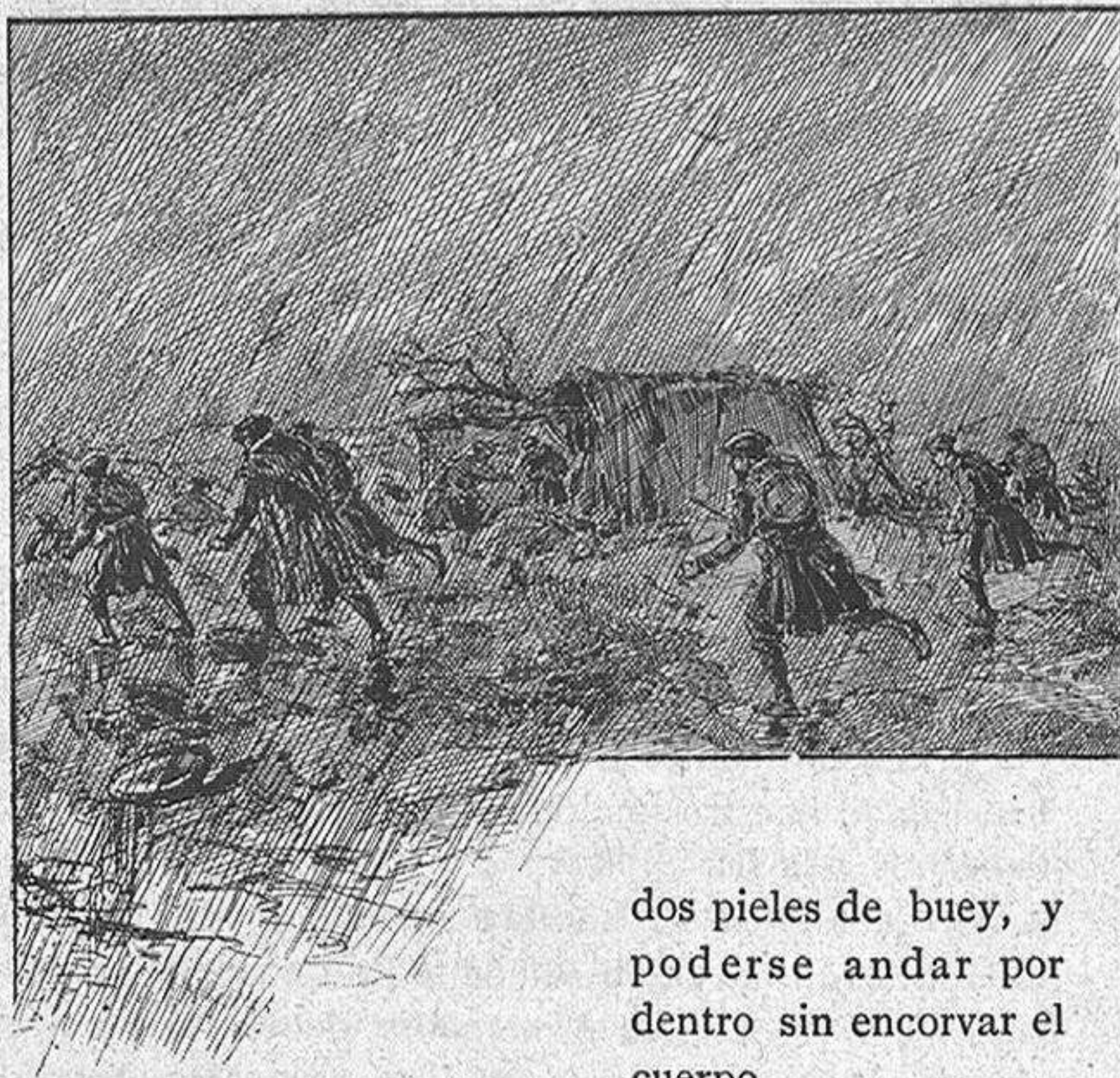


El día 1.º de abril de 1874, se desencadenó en las costas del Cantábrico uno de esos temporales que hacen tan temible la navegación por aquel mar. Encontrábanse entonces acampados en las cordilleras que rechazan las soberbias olas del Océano, los ejércitos carlistas y liberales, empeñados en la tremenda lu-

cha que debía decidir la suerte de la importante plaza de Bilbao, y que se conoce ahora con el nombre de «la campaña de Somorrostro.»

El campamento carlista ofrecía un espectáculo digno de examen. Aquel apartado rincón de tierra, apriornado entre el mar y las elevadas montañas que lo circundan, había alcanzado el privilegio de atraer hacia sí las miradas del mundo entero. Unos cuantos batallones, compuestos de muchachos que acababan de

del campamento, no tardaron los más previsores, ó los más hábiles, en construir cabañas de césped sostenido por ramas, á las cuales dieron el nombre de *chaola*, y que no pocas veces se desplomaban á impulsos del viento ó de la fuerte lluvia, en medio de la noche, sobre los dormidos albergados. Una que servía de alojamiento á dos generales, no tenía otra ventaja sobre las demás, que la de estar protegida su techumbre por



dos pieles de buey, y poderse andar por dentro sin encorvar el cuerpo.

El temporal, que en el primer día se podía medio soportar, hizose en los siguientes horroroso en extremo; el aire derribaba y rompía cuanto á su paso encontraba, arrancó de cuajo árboles corpulentos, tiró todas las *chaolas*, volcaba los carruajes y hacía que la lluvia azotara á manera de látigo el rostro de los acampados. Sin nada que los cubriera, fué necesario cortar perpendicularmente el terreno y hacer agujeros en forma de nichos, guareciéndose allí, no sin tapar la boca á manera de lápida con paja sin trillar: la ropa tenía que secarse en el cuerpo, la comida era imposible hacerla porque no se podía encender el fuego y el pan de las raciones llegaba hecho sopa.

La única ventaja que, con tan penosa situación, alcanzaban los carlistas, era, que siendo imposible la navegación á la escuadra liberal, no podía cañonearlos por la espalda, como tenía por costumbre diaria, y que los cañones liberales, enterrados en el fango hasta los cubos, tampoco podían enviarles sus mortíferos proyectiles.

Las fuerzas que formaban la izquierda carlista, habían construido también *chaolas* donde guarecerse, y la mejor de todas éralo la del teniente coronel de artillería Sr. Rodríguez Vera.

En ella improvisó el general carlista D. Antonio Lizárraga, célebre por su piedad, un sencillo monumento, un rústico altar destinado á la solemnidad religiosa con que conmemora la Iglesia la instalación del más grande de los Misterios. En el mismo día y á la misma hora en que el orbe católico solemnizaba tan augusto Misterio, se celebraba también en el campa-



dejar la esteva y el azadón, se hallaban allí disputando el terreno á masas numerosas de ejércitos regulares.

La índole del campamento obligaba á sufrir la inclemencia de la estación, las lluvias y los vendavales, á estos hombres que voluntariamente habían abandonado sus hogares y útiles de trabajo, cambiándolos por instrumentos de destrucción y muerte que empuñaban en defensa de una bandera tres veces santa. Acampados en montañas inhospitalarias, sin tiendas y sin ninguno de los elementos necesarios para la vida

mento de Somorrostro la festividad de *Jueves Santo*. No había allí suntuosas catedrales, ni ostentosas ceremonias, ni preciosos ornamentos; unas cuantas tablas, una lona y pobres vestiduras, era sólo de lo que se disponía; pero la escasez de culto y de liturgia se hallaban sobradamente compensados con lo imponente del lugar y lo supremo del instante.

Tan solemnísimó día amaneció con un cielo despejado á favor de los fulgores de un sol esplendoroso. La lluvia y el huracán escondían su faz sañuda en justo acatamiento al Autor de la naturaleza. Hasta el mar



refrenaba su bravura, temeroso de profanar con sus bramidos la augusta ceremonia; sus blandas olas corrían á la playa, como si tuvieran empeño en escalar el alto monte donde tenía asiento el altar y servirle de alfombra; la bóveda era el espacio; los adoradores, el mar, el sol y el firmamento.

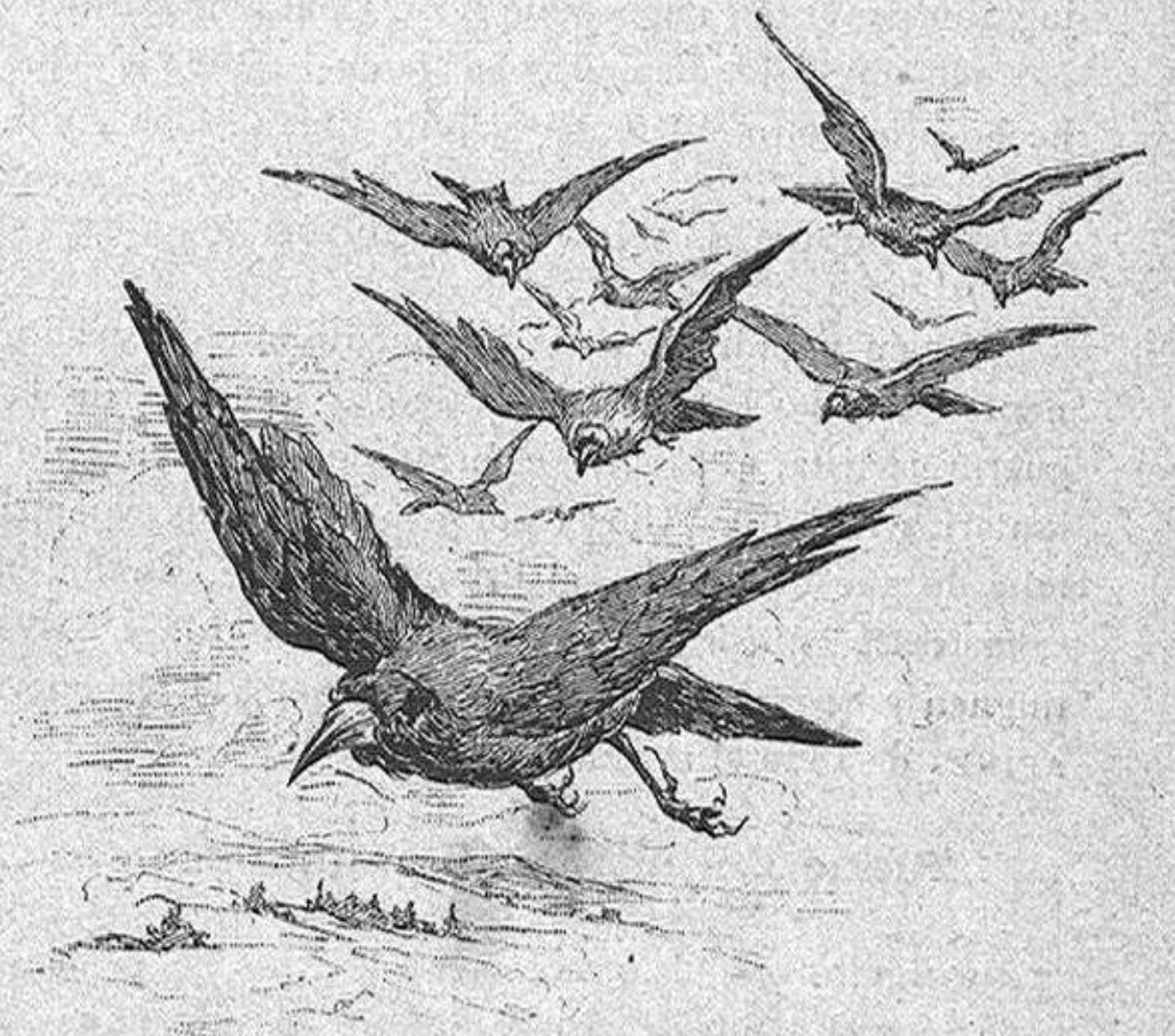
Al romper la aurora, las fuerzas del ejército liberal abandonaron los restos de sus tiendas de campaña y formaron sus sombrías masas en el fondo del valle, á la vista del sencillo monumento, casi á tiro de fusil.

Desde un campo se distinguía en el otro la formación, las maniobras y hasta los grupos de los jefes. Un cañonazo, sin proyectil, anuncia que la augusta ceremonia ha empezado: las fuerzas carlistas la presencian diseminadas por la línea de batalla, cada una desde su puesto respectivo, desde el vivac, desde las avanzadas, desde los parapetos, baterías ó zanjas. Las cornetas, apostadas de trecho en trecho, transmiten las órdenes y señales que denotan en qué punto de los Oficios se está. De todas partes se dirige la vista al altar con piadoso recogimiento. Arrodillados junto á él están el general, sus ayudantes y todos los jefes y oficiales francos de servicio. De pronto lanza la corneta la señal

convenida; los cañones, en alabanza y acatamiento á Dios, dejan oír sus potentes y roncadas voces; las músicas, colocadas en lo alto de la colina, rasgan los aires con la majestuosa marcha real, tributando justo homenaje al Señor de los ejércitos y Rey de reyes. Con la rapidez del rayo muévense todas las fuerzas, ríndense todas las armas, descúbrense todas las cabezas y se doblan las rodillas. El ejército enemigo contempla este grandioso espectáculo y oye los acordes del metal que proclama, en el refido campamento, la majestad de Dios.

Termina la ceremonia con un acto solemne que pone de relieve los piadosos sentimientos de los asistentes: general, oficiales y voluntarios se acercan á la Sagrada Mesa, á robustecer su ardimiento y alimentar su fe con el pan de los fuertes. Al fin del santo Sacrificio tiene lugar una Comunión general. Allí acuden en ordenadas hileras los sufridos moradores del campamento: jóvenes de tez tostada por el sol y ennegrecida por la pólvora; ancianos en cuyos semblantes se ven retratadas las fatigas de la guerra y la entereza que da la fe; jefes de alta graduación y simples voluntarios, reunidos todos en lazo común y en consorcio íntimo y edificante.

Una coincidencia casual vino á imprimir mayor severidad á este magnífico espectáculo. Una bandada de buitres, de las muchas que al olor de carne muerta habían acudido al valle de Somorrostro, revoloteaba en



torno del monumento, casi arrastrando por el suelo su vientre repleto del festín de los últimos combates. Es el obligado cortejo que acompaña á los ejércitos al campo de batalla, con la esperanza de saborear la codiciada presa. Su aparición en aquellos instantes, su vuelo lento y espiral alrededor del altar, su penetrante graznido, evocaban recuerdos tristes que en vano pretendía dominar el conmovido espíritu y hacía exclamar en el fondo de su alma á la multitud postrada en oración: *He ahí á nuestros enterradores*.

NUESTROS GRABADOS

Figura alegórica de la España

(lámina suelta)

Constituye uno de los más bellos adornos del palacio Loredán y es por sí solo patente muestra de la atmósfera puramente española que se respira en la residencia de Don Carlos, el grandioso y bellísimo lienzo que representa á España.

Ermolao Paoletti, el mismo que ha pintado el fresco de Lácar en la escalera del palacio Loredán, ha sabido personificar la España en una arrogante matrona vestida con manto real y apoyada en nuestra Bandera. El león español está á su izquierda en actitud de despedazar á un moro con la una zarpa y con la otra la bandera imperial francesa. Destácase en el fondo, á un lado, la Alhambra y al otro el mar soportando las carabelas del inmortal conquistador de las Américas.

Dicho cuadro ocupa el lugar preferente del Salón-Biblioteca del palacio Loredán.

Episodio de la batalla de Lácar

(lámina suelta)

Dos son los artistas que han dedicado su privilegiada inspiración á perpetuar en el palacio de Don Carlos episodios interesantísimos de nuestras guerras.

Paoletti, del cual hemos ya hecho mérito, y Estévan, autor este último de cuatro magníficas pinturas al óleo que, encerradas en otros tantos lujosos marcos, recuerdan, respectivamente las batallas de Lácar, Montejurra, Somorrostro y Dicastillo. Merecen todas ser conocidas, y todas, sin excepción, han de honrar las páginas de esta Revista.

La del presente número recuerda la famosa batalla en que jugaron papel tan importante el Sr. Conde de Bardi y el señor Marqués de Valde-Espina, y en la cual estuvo á pique de ser hecho prisionero el jefe del ejército liberal, Don Alfonso.

Don Carlos de Borbón (pág. 1)

¿Quién no adivina en la imponente mirada y noble continente de dicho Personaje, al valeroso Caudillo de la última guerra carlista, al Capitán esforzado que, al frente de sus voluntarios luchó por Dios y por España en los campos de batalla de nuestra patria, al Príncipe ilustre, en fin, á quien, según frase bellísima y oportuna del Sr. Sardá y Salvany, distinguen y honran con la saña de sus odios la Masonería y SUS AFINES de todo el mundo?

Plano del sitio de Portugaleta (pág. 5)

Un ligero croquis ofrece cabal idea de las posiciones ocupadas por la artillería carlista durante el sitio de la expresada plaza.

Estandarte real ó de la Generalísima (pág. 8)

He aquí, literalmente transcrita, la descripción del mismo que se lee en el Catálogo del Cuarto de Banderas del palacio Loredán:

«Estandarte bordado por Doña María Francisca de Braganza de Borbón (Q. E. P. D.) Abuela de Don Carlos de Borbón, á principios de la campaña de 1833. Fué entregado por Don Carlos V á su escolta de Guardias de Honor, tomando parte en toda la campaña de 1833 á 1839, y salvado á la terminación de ella por Doña María Teresa, cuya Augusta Señora después de conservarlo largo tiempo en la emigración como su mejor tesoro, lo entregó á Don Carlos de Borbón, quien á su

vez lo hizo al Real Cuerpo de Guardias á caballo, en Tolosa (Guipúzcoa), en 7 de marzo de 1874, distinguiéndose en la campaña hasta 1876, entre otras batallas muy particularmente en la de Lácar (Navarra).

»El anverso del estandarte es de seda blanca y sobre él se halla bordada la Imagen de la Virgen de los Dolores con la inscripción al derredor de "Generalísima del ejército de Carlos V," con cuatro flores de lis, de oro, en sus ángulos: el reverso de terciopelo encarnado, en su centro el escudo de armas Reales de España con cuatro flores de lis de oro á su alrededor y el resto de él primorosamente bordado en oro.»

Como se habrá comprendido, el glorioso Estandarte de la Generalísima es el que ha dado nombre á esta publicación, pero conviene consignar que el fundador de la misma propuso otro distinto á Don Carlos, quien juzgó más oportuno el de ESTANDARTE REAL, que, en efecto, es bellísimo y adecuado al objeto de la presente Revista, más, mucho más, que el que nosotros habíamos discurrido.

Plato de plata repujada (pág. 9)

El grabado de dicha página es reproducción exacta del precioso regalo ofrecido por Don Carlos para el próximo Certamen de Guernica.

Mide cuarenta centímetros de diámetro y lo exornan alegóricos dibujos combinados con exquisito gusto.

El Jueves Santo en Somorrostro (págs. 14-15).

El artista, al ilustrar este lindísimo relato del Sr. Llorens, ha sabido aumentar el colorido á un cuadro de notable entonación y brillantez.

Las viñetas intercaladas en el texto representan los detalles más salientes del citado episodio.

LIBROS RECIBIDOS

CITAS DE LA MANIFESTACIÓN DE BURGOS, evacuadas por Franco Leal, colaborador de *El Pensamiento Gallico*. Se ha hecho la 2.^a edición de este notable folleto, cuya importancia está al alcance de cuantos han fijado su atención en las polémicas últimamente sostenidas entre la prensa leal á Don Carlos y la rebelde á su autoridad.—Precio: 0'50 pesetas.

ALMANAQUE CARLISTA PARA 1889, publicado por la redacción de *El Vasco*. Quedan pocos ejemplares de la considerable tirada hecha de este libro de interés para los tradicionalistas todos, pues fija los días que son de gala para éstos é inserta documentos políticos de trascendental importancia y bellísimas poesías de renombrados autores.—Precio: 1 peseta.

LA MASONERÍA TAL CUAL ES, por D. Anselmo J. Baldó. Tomo I.—El nombre del autor, tan ventajosamente conocido por los tradicionalistas, es la mejor recomendación de este libro, en que se insertan 37 de las cartas publicadas por el Sr. Baldó en *El Alicantino*.

INTRODUCCIÓN AL NOBLE JUEGO DEL AJEDREZ.—Los ajedrecistas encontrarán planteados en el librito de referencia, y que nos ha sido remitido de Bilbao, un gran número de complicados problemas, para cuya solución se dan las convenientes instrucciones á los aficionados á aquel noble pasatiempo.—Precio: 1 peseta.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Córtes, 212 bis.